



## Misión de la Universidad

*Por Rafael Puyol Rector de la Universidad Complutense  
ABC, 21 de noviembre del 2000*

HACE justamente 70 años acuñó Ortega una fórmula que hizo fortuna en todo el mundo y se ganó el raro privilegio de atravesar las décadas, me refiero a *La rebelión de las masas*, ensayo de éxito en el que describía el proceso de desalojo de las élites de espacios que hasta entonces les estuvieron reservados por causa de la entronización en esos ámbitos del hombre-masa caracterizado como sujeto que reivindica todos los derechos y elude toda obligación, adoptando los hábitos mentales del niño mimado. Ortega toma nota de la consagración de la mediocridad y diagnostica de desmoralizada y decadente a la Europa de su tiempo, en el sentido de que carece de moral. En ese escenario yermo de valores, Ortega mira hacia la Universidad como «institucionalización del intelecto» y, en la creencia de que debemos estar a la altura de nuestro tiempo, postula su reforma para contribuir al debate que se abriría como preparación de la Ley de Bases de Reforma Universitaria que, presentada a las Cortes en mayo del 33, no llegó a ser debatida por la inestabilidad política de entonces.

Es conveniente recordar que el sistema universitario al que Ortega se refiere en *Misión de la Universidad* tiene ochenta mil estudiantes y 16 universidades. Hoy tenemos más de millón y medio de universitarios y más de sesenta universidades. Así pues, ni el sistema puede ser ya el mismo, ni tampoco lo es el mundo en que se inserta la Universidad. Entre otras razones porque las masas han llegado a la Universidad y se han desmasificado por el incremento del nivel de vida y la educación. Lo que fueron las masas es hoy la sociedad civil implicada en los deberes históricos del momento. El fenómeno supongo que no sorprendería mucho a Ortega pues él era partidario de «universalizar la Universidad», fórmula que en nuestra vigente LRU se denomina «democratización de los estudios universitarios». Para Ortega el problema no era de número o tamaño, sino de tasación exacta de funciones. Su tríada es sobradamente conocida y repetida hasta por la LRU: transmisión de la cultura, enseñanza de las profesiones e investigación científica.

Aun prescindiendo de la ciencia, y reducida la enseñanza al profesionalismo y la cultura, observa Ortega que el alumno se encuentra ante una masa fabulosa de estudios. Obsesionado por ahorrar a la institución su degeneración en simulacro, en instancia que pretende lo que no le es posible lograr, enuncia su famoso «principio de economía de la enseñanza» como antídoto contra la falsedad o el envilecimiento. Dice: «En vez de enseñar lo que, según un utópico deseo, debería enseñarse, hay que enseñar sólo lo que se puede enseñar, es decir, lo que se puede aprender». Podemos, pues, sospechar lo que Ortega nos diría acerca de nuestros planes de estudios sobrecargados hasta la náusea de asignaturas.

Pero hay una última exigencia orteguiana para la Universidad: lo que hoy llamaríamos una interfaz con el entorno. Ortega quiere una Universidad inmersa, en contacto con la existencia pública, con la realidad histórica.

La pregunta es ¿tienen vigencia las «ascéticas pretensiones» programáticas de Ortega en la Universidad actual? Sin duda tienen vigencia legal, pues cosas parecidas dice la LRU. Pero la misión universitaria ha explotado en otras funciones. Se habla de la necesidad de actuar como memoria del pasado y atalaya del futuro, constituir una instancia de crítica neutral y de liderazgo moral e intelectual; interactuar con el entorno para constituir clusters del conocimiento que contribuyan al desarrollo económico incrementando la productividad de las empresas, dirigiendo y promoviendo la innovación y estimulando la creación de nuevas empresas, de la necesaria flexibilidad del mapa de titulaciones y de los diseños curriculares. La lista de demandas que la sociedad dirige a la Universidad puede alargarse más aún, tanto con prestaciones de mercado como de no mercado. Entre las primeras, se pide a la universidad erigirse en instrumento indispensable del mantenimiento del aparato productivo desarrollando la formación continua y promoviendo el asesoramiento técnico. Entre las segundas, se pide a la Universidad que sea el germen de una nueva ciudadanía mundial, que propicie la integración del mundo incentivando un cosmopolitismo de los saberes y la movilidad de alumnos y profesores; se le pide, además, la reforma del pensamiento, es decir, la construcción de un nuevo paradigma educativo que sea capaz de pensar la complejidad y la globalidad. Finalmente, y sin pretensiones de agotar el inventario, a la Universidad se le pide también un aumento de la capacidad de anticipar las demandas futuras.

Hay una sobrecarga de misiones realizadas a bajo precio y con resultados mediocres. No quiero ocultar nuestras insuficiencias, pero desde la privilegiada atalaya que dan algunos años de gestión, veo cada

día con más claridad que lo que se ha exigido a las universidades no ha estado acorde con los recursos puestos a su disposición para hacer viables tales exigencias.

El problema hoy sigue siendo la elección entre las tesis culturalistas y las utilitaristas. Porque siendo realistas, tenemos que aceptar que la pretensión del estudiante no es la Cultura, sino la adquisición de una profesión. En caso contrario, volveríamos a la falsedad de la institución, a pretender lo que no es posible lograr, ya que la Cultura hoy es demasiado extensa como para abarcarla con suficiencia en los currícula de las distintas facultades. La especialización es lo único que razonablemente la Universidad ha podido ofrecer y no siempre en las condiciones deseables. Ahora bien, es indudable que en la sociedad del conocimiento no basta ya con tener información, sino capacidad para interpretarla. El futuro no será el tiempo de los especialistas, sino de las personalidades adaptativas y versátiles. O sea, que al tiempo que la Cultura de Ortega se vuelve más imprescindible que nunca, nos encontramos en la Universidad con la dificultad de integrarla en los planes de estudios porque traicionaríamos el principio orteguiano de la economía de la enseñanza. Por eso, y por otras razones, existe una deriva de todos los sistemas universitarios hacia el pragmatismo del modelo norteamericano en perjuicio de la Cultura. Quiero creer, sin embargo, que Ortega tenía razón. Que hay un camino intermedio, balizado por el sentido común, entre el culturalismo y el utilitarismo.

Por lo tanto, lo que básicamente tiene que hacer la Universidad a las puertas del tercer milenio es ofrecer una enseñanza de calidad, es decir actualizada por la investigación, y ajustada a las demandas de la sociedad y completada con saberes transdisciplinares para obviar «la barbarie del especialismo». Si hace eso y lo hace bien podrá, además, dedicarse a otra cosa. Si no, tendrá que dedicarse a otra cosa.